

## El feminismo de Freud\*

### Freud's feminism

ANA MELÉNDEZ VIVÓ\*\*

**Resumen:** El psicoanálisis freudiano supone una subversión de la filosofía del sujeto. El yo no es, para Freud, una función primordial, pues no existe en el individuo desde el principio ninguna unidad comparable al yo, sino que este ha de ser desarrollado. La historia del desarrollo del sujeto es la historia de su sexuación. Y su sexuación no es resultado de un producto natural ni predeterminado, sino que es algo permeable que se constituye discursivamente. Freud preconiza, de este modo, una de las tesis más aclamadas en el debate feminista actual: *la diferencia sexual no es originaria sino que, más bien, es originada.*

**Palabras clave:** Psicoanálisis, cuerpo, género, sexo, subjetividad, feminismo.

**Abstract:** Freudian psychoanalysis represents a subversion of the philosophy of subjectivity. The self is not, for Freud, a major role, as does not exist in the individual from the beginning any unit comparable to it. It must be developed. The subject's development story is the story of his sexuaction. And his sexuaction is not the result of a predetermined or natural product, but something permeable that is discursively constituted. Freud advocates one of the most acclaimed thesis in the current feminist debate: *sexual difference is not original but rather originated.*

**Keywords:** Psychoanalysis, body, gender, sex, subjectivity, feminism.

El título con el que se encabeza este ensayo puede parecer descabellado, o cuanto menos provocador, si tenemos en cuenta el prolongado desencuentro que ha supuesto la historia de las relaciones entre psicoanálisis y feminismo. Pero aun siendo conscientes de lo conflictivo que puede llegar a ser darle voz al demiurgo de la «envidia de pene» en el seno de la disputa feminista actual, y sin dejar de dar por certeras algunas de las acusaciones de androcéntrico que las teóricas del feminismo han formulado contra el padre del psicoanálisis, nos proponemos aquí demostrar que las aportaciones de la teoría psicoanalítica pueden articularse con

---

Fecha de recepción: 30/05/2016. Fecha de aceptación: 25/07/2016.

\* Este trabajo se ha realizado gracias a una beca de investigación predoctoral de Formación al Profesorado Universitario (FPU 2014), en el marco del proyecto de investigación «Hacia una historia conceptual comprensiva: giros filosóficos y culturales» (FFI2011-24473) del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

\*\* Ana Meléndez Vivó es becaria de investigación en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Valencia (Ana.Melendez@uv.es). Las líneas de investigación de su trabajo refieren especialmente a la relación entre la teoría psicoanalítica freudiana y la historia conceptual. Respecto a sus últimas publicaciones, véase “El sueño como fuente historiográfica. Más allá del principio de placer”, en Pasajes. Revista de Pensamiento Contemporáneo, 2015, ISSN 1575-2259, pp. 124-137.

el feminismo filosófico, aquel que no solo aborda la problemática del género, sino que se encarga de las grandes cuestiones ontológicas y epistemológicas en relación a la subjetividad. Y es que la aproximación psicoanalítica a esta cuestión, que remite en última instancia al enigma de la diferencia sexual, defiende una construcción cultural de la misma con la concreta ventaja de no caer, como sí hacen otras propuestas feministas y posmodernas, en esencialismos sociológicos. El psicoanálisis ha demostrado que el sujeto solo se constituye como tal en tanto sexuado y que, además, esta construcción es el resultado de una compleja trama de relaciones intersubjetivas, en la que habrá de dársele una especial importancia a los procesos identificatorios que conducen a la formación del yo y del superyó.

### 1. La teoría feminista en el marco de reflexión posmoderna

Tras la ruptura de la metanarrativa ilustrada, las grandes ideas que legitimaban los grandes sistemas filosóficos dejaron de sostenerse; del cataclismo del gran proyecto moderno se siguió el hundimiento de su versión epistemológica, la filosofía del sujeto. Tanto en su modelo kantiano, entendiendo la conciencia como una estructura atemporal que posibilita nuestro acceso al mundo en tanto que experiencia cognoscitiva, como en su modelo dinámico-hegeliano, que la coloca como un proceso de obtención de sentido a través de una dinámica dialéctica que se desarrolla en el transcurso histórico, la conciencia salía ratificada como *reflexión autorreferencial a la vez que totalizadora*, esto es, como sujeto que es asimismo el fundamento de todo lo demás.<sup>1</sup>

Esta concepción de sujeto como sustrato último es hoy insostenible. En el marco de reflexión posmoderno, la adquisición del yo es entendida como algo contingente que acontece discursiva, social e históricamente. Desde esa circunstancia posmoderna y en esa misma orientación discursiva, la crítica feminista se hace cargo de la cuestión de la constitución de la subjetividad, con la peculiaridad de introducir lo que otros discursos posmodernos siguen dejando fuera del ámbito discursivo: el enigma de la diferencia sexual y el rasgo de la dominación masculina.

Ya en 1949, con la publicación de *El segundo sexo*, de Beauvoir planteó el problema del significado del sujeto del feminismo al cuestionar que se diera una relación mimética del género con el sexo. Para la existencialista francesa, ser el *segundo sexo* responde más bien a un cruce de ideas y de fuerzas históricas, algo que, por tanto, se adquiere por medio de múltiples relaciones sociales patriarcales. Quedó así fundado el feminismo filosófico contemporáneo, que ha seguido afanado en desarrollar la idea de que la feminidad como categoría genérica no es, en ningún caso, reflejo de un atributo esencial.

Con los desarrollos teóricos del feminismo a partir de los años sesenta, tanto hombres como mujeres comenzaron a ser considerados desde un contexto exclusivamente constituido por las relaciones de género. Si bien no se dejó de insistir en que estas relaciones se daban en forma de dominación por parte de los hombres sobre la mayor parte de las mujeres, unos y otros empezaron a ser pensados como «prisioneros del género».<sup>2</sup> De manera progresiva, desde la introducción del término *género* hasta la más reciente actualidad, se ha dado un

1 Habermas, J., *Pensamiento postmetafísico*, México, Taurus, 1988, p. 42.

2 Tubert, S., «Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo», en Tubert, S., *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Barcelona, Paidós, 1996, p. 293.

paulatino fortalecimiento de tal concepto hasta el punto de que muchas feministas exigen hoy dejar de hablar, como lo hicieron de Beauvoir o Kate Millet, desde una conceptualización sexual. Estas detractoras de la crítica sexual defienden que la sustitución del término *sexo* por el de *género* servirá para mostrar el carácter de construcción socio-cultural de la diferencia de los géneros, al quedar oculta tal diferencia bajo la neutralidad de la lengua, y no anclándola así en una materialidad anatómica.

## 2. La crisis del género: feminismo y psicoanálisis

La postura generológica en detrimento del sexo ha suscitado reacciones contrarias entre parte de las teóricas del feminismo, dando lugar a lo que ya se conoce como la *disputa sexo-género*. Una de las feministas que ha advertido y denunciado los efectos paradójicos y perjudiciales que el esencialismo de género tiene para la teoría feminista ha sido, la también psicoanalista, Silvia Tubert. La autora ha cuestionado la asignación de género como fundamento para una teoría de la feminidad, señalando cuán equívoco es pensar la feminidad en esos términos, y proponiendo, a su vez, la adopción de una perspectiva psicoanalítica para la explicación de la constitución del sujeto y la organización de la diferencia sexual en el seno de la cultura.

El término *género* refiere al constructo social de las categorías de feminidad y masculinidad. Es una categoría, por tanto, fundamentalmente sociológica que se ha contrapuesto a la definición de hombre y de mujer en función de la diferencia sexual anatómica. Sin embargo, la introducción de esta noción en la teoría feminista puede limitar la profundidad de su pensamiento. Siguiendo las razones que para esto ofrece Tubert, diremos, en primer lugar, que la neutralidad terminológica que el término en cuestión acarrea oculta la dominación masculina: «El problema es que de este modo se encubren, entre otras cosas, las relaciones de poder entre los sexos, como sucede cuando se habla de violencia de género en lugar de violencia de los hombres hacia las mujeres: una categoría neutra oculta la dominación masculina».<sup>3</sup> Esta terminología neutral no solo encubre la estructura subyacente de dominación, también la diversidad que pueda haber *entre* hombres, y *entre* mujeres, y oculta a aquellos que no se dejan asimilar en ninguna de las dos categorías.

Continuando con otros motivos, Tubert subraya que la diferencia sexo/género reproduce la lógica dualista naturaleza/cultura propia del pensamiento occidental, pues el supuesto de un sistema binario de géneros conserva implícita la creencia en una relación mimética del género con el sexo.<sup>4</sup> El problema de la mirada simplista de tal dualismo es que desconoce la imposibilidad que se da a la hora de distinguir aquello que en una persona resulta de su condición biológica, y aquello otro que ha sido generado por su formación en una comunidad humana, lingüística y cultural:

Considerar al cuerpo como natural representa un obstáculo epistemológico, un sustancialismo que otorga un privilegio ontológico a la construcción biológica del cuerpo. Pero no hay nada natural que pueda ser captado como tal por el ser

3 Tubert, S., «Introducción: La crisis del concepto de género», en Tubert, S., *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid, Cátedra, 2003, p. 8.

4 *Ibid.*, p. 9.

humano, prisionero de las cadenas significantes del lenguaje y del orden simbólico en general; para él, lo natural y lo significativo son indiscernibles.<sup>5</sup>

Diremos, entonces, que el género como concepto explicativo cae en el dualismo y en el esencialismo simplificador, velando, a su vez, cuestiones políticas y cuestiones teóricas, y vaciando, por tanto, al pensamiento feminista de su contenido. Para salir del esencialismo sociológico al que aboca la generología, y sin por ello caer en el fisiológico, Tubert invita a pensar la cuestión de la feminidad desde psicoanálisis freudiano. Porque lejos de lo que se ha podido pensar durante décadas, hay en Freud un estudio del devenir de la feminidad como un efecto singular que se sitúa en la intersección entre el funcionamiento dinámico de la sexualidad, por un lado, y las imposiciones sociales. El sujeto, por tanto, es siempre un sujeto sexuado, pero no hay elaboración posible de la identidad sexual sin referencia a la alteridad, «significada fundamentalmente –como trataremos de mostrar– por la diferencia sexual y articulada en la dialéctica edípica».<sup>6</sup>

### 3. El psicoanálisis como método de investigación de la subjetividad

#### 3.1. Crítica del sujeto: deseo y subjetividad en la teoría freudiana

El psicoanálisis freudiano inaugura una nueva perspectiva que revoluciona el estudio de la subjetividad al subvertir la noción de sujeto vigente en la filosofía de la conciencia. A partir del momento en el que Freud enuncia la premisa fundamental del psicoanálisis, a saber, que «el psicoanálisis no ve en la conciencia la esencia de lo psíquico, sino tan solo una cualidad de lo psíquico, que puede sumarse a otras o faltar en absoluto»,<sup>7</sup> se hace insostenible toda epistemología basada en el acceso directo y controlado de la mente y sus actividades. El sujeto del psicoanálisis ya no es el sujeto de la conciencia, sino uno escindido en y subyugado por sus deseos: el sujeto de lo inconsciente.

Al conjunto de fuerzas psíquicas a las que se halla sometido el organismo, Freud le ha dado el nombre de *Trieb*, pulsión. La sustitución del término instinto (*Instinkt*), fijo y predeterminado, por el de pulsión es lo que permite diferenciar el sexo característico del mundo natural-animal de la sexualidad específicamente humana, inaugurando una noción revolucionaria de sexualidad que no podrá ya concebirse como natural, sino como algo que se construye en una compleja trama de relaciones intersubjetivas. Al no estar predeterminadas, las pulsiones habrán de ser modeladas a lo largo de la historia del sujeto en función de sus encuentros con otros sujetos, otros objetos y sus respectivas representaciones, pudiendo ser únicamente configuradas de manera discursiva. A su vez, el sujeto se va constituyendo a partir de esas relaciones que la pulsión establece con lo otro en su historia personal. De manera que tanto la subjetividad como la sexuación son productos de la historia de las relaciones que el niño y la niña establecen con la alteridad en el deseo. Para ver cómo acontece esto, conviene detenerse en la teoría freudiana de la pulsionalidad y en el desarrollo de la pulsión libidinal.

5 Tubert, S., «¿Psicoanálisis y género?», en Tubert, S., *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, op. cit., p. 369.

6 *Ibíd.*, p. 398.

7 Freud, S., *El yo y el ello*, Madrid, Alianza, 2012, p. 14.

La pulsión, a diferencia del instinto, no encuentra objetos predeterminados biológicamente. Esta diferencia, que muy comúnmente se obvia en las traducciones de los textos freudianos, no es en modo alguno baladí, ya que, como hemos dicho, del uso de *pulsión* se sigue una comprensión de la sexualidad humana que, al carecer de objeto y de fin preciso, escapa a un orden prefijado y natural. Con la sustitución del término *Instinkt* por el de *Trieb*, el acento recae en el empuje, en el ímpetu, y no en la finalidad o en el objeto. Tanto en *Tres ensayos* como en *Las pulsiones y sus destinos*, Freud se detiene a considerar el carácter y la estructura de la pulsión, que define como una *fuerza* constante a la que no es posible sustraerse por medio de la fuga. En su fuerza y en su empuje interminable vio Freud el aspecto fundamental de las pulsiones. Respecto a otros de sus elementos definitorios destacó las *fuentes* de la pulsión, todas ellas fenómenos somáticos, diferentes zonas erógenas que, aunque se establecen por la necesidad de autoconservación, adquieren una significación erótica que se independiza y excede la función vital gracias a la relación que se establece a partir de ellas con el otro. La pulsión, además, no tiene un *objeto* natural adecuado; esto es, su objeto no se halla enlazado a la pulsión originariamente. De hecho, el objeto es «lo más variable de la pulsión» y es absolutamente contingente: puede tratarse de una persona o cosa real exterior al sujeto, pero también de un ideal o de alguna parte del propio cuerpo. Por último, el *fin* de la pulsión no podrá ser otro que su satisfacción, aunque es bien sabido que esto no ocurre habitualmente.

La teoría de las pulsiones, junto con la teoría del aparato psíquico, es una de las piezas clave del edificio psicoanalítico. La primera formulación de la misma aparece expuesta de manera explícita en un artículo de 1910, *Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión*, en el que Freud explica todo el suceder universal en base a la oposición de dos fuerzas, Hambre y Amor. A pesar del estado de indigencia explicativa de esta etapa del pensamiento freudiano, Freud certifica ya la coexistencia simultánea de dos tipos de pulsiones enfrentadas, de dos grupos de energía en el aparato psíquico: las *pulsiones del yo*, orientadas a la autoconservación y a la satisfacción de necesidades orgánicas (respirar, comer, etc.), poéticamente recogidas bajo el título de «hambre»; y las *pulsiones sexuales* o eróticas, aquellas cuya energía psíquica es la *libido*, concepto al que Freud se refirió como la manifestación dinámica de la sexualidad. *Libido* es, pues, la energía que subyace a todas las transformaciones que padece la pulsión sexual en cuanto objeto, fin y fuente.

Con el descubrimiento del mecanismo que rige el *narcisismo*<sup>8</sup> se produce un desdoblamiento de la pulsión sexual en *libido objetal* (propiamente sexual) y *libido yoica* (que aparece en el yo desexualizada). A partir de entonces, el yo es percibido como tanque de libido narcisista en lugar de reducirse a agente de la autoconservación, alejándose de ser ese otro polo pulsional opuesto a la sexualidad. Esta situación aproximaba a la teoría a un monismo libidinal del que Freud siempre había querido huir desde que ya rechazara firmemente la propuesta jungiana de extender el término *libido* hasta significar «energía psíquica general». A la necesidad estructural de reafirmación del dualismo responde, entre otras cosas, la introducción de la noción de *pulsión de muerte* en 1920, en *Más allá del principio de placer*.

8 El mecanismo del narcisismo consiste en una sustracción al exterior de la libido, y su consiguiente aportación al yo. Aunque Freud ya había empleado el término “narcisismo” antes de la publicación de *Introducción al narcisismo*, es en este trabajo donde introduce el concepto en el conjunto de la teoría psicoanalítica, considerando especialmente las catexis libidinales.

Freud defenderá ahí un nuevo dualismo pulsional en el que distingue dos tipos de pulsiones antagonicas: por un lado las eróticas, que tienden a la unión y conservación de lo orgánico; y por otro lado las pulsiones de agresión, que tienden a la destrucción y a la aniquilación.

Pero sin detenernos en matices y detalles sobre el paso de una teoría pulsional a la otra, lo que interesa aquí es que de la relación entre pulsiones sexuales y funciones vitales deriva la libido sus primeros objetos de carga, a cada uno de los cuales corresponde una fase libidinal que, a su vez, corresponde a una etapa de desarrollo psicosexual. El primer estadio de la evolución libidinal es la *fase oral*, que corresponde aproximadamente al primer año de vida, y se caracteriza por su objeto de *catexia*, el pecho materno; por su fuente, la cavidad bucal, y por su fin: la incorporación por ingestión del objeto. Entre los dos y los cuatro años de vida, el infante concentra la carga libidinal en los esfínteres, bajo la primacía de la zona erógena anal como fuente suprema, dando lugar al segundo estadio, la *fase anal*, cuyo funcionamiento se correspondería con una actitud sádica, que tiende a destruir o evacuar el objeto (el excremento), al mismo tiempo que a retenerlo, dominándolo. Hacia los cinco o seis años se entra en la *fase fálica* y edípica. En esta fase la zona erógena son los propios genitales, con la peculiaridad de que los genitales enfocados son únicamente los masculinos. Es lo que se ha llamado *creencia universal del falo*: la niña todavía ignora la vagina como zona erógena y concentra su libido en el clítoris. Se caracteriza, además, por la elección de la figura materna como elección del objeto amoroso por parte de ambos infantes. Por último, y tras el vencimiento del Edipo y la consecuente instauración del superyó, se llega a la *fase genital*, en que la carga libidinal ya se dirige ya hacia un objeto exterior y distinto.

Dos son los rasgos que acompañan el desarrollo de la libido en la primera infancia: al quehacer de la pulsión sexual en este estadio autoerótico le son ajenas las metas de la reproducción; y la pulsión autoerótica busca placer en las diferentes zonas erógenas que pueblan el cuerpo humano, pudiendo prescindir de otros objetos. Al amor de objeto solo se llegará por la mediación de la educación, que obligará a la subordinación del autoerotismo a la primacía genital, llevando esto a una distribución entre lo lícito y lo prohibido. Es cierto que Freud perfila un desarrollo de la libido *normal* que debe pasar por el abandono del autoerotismo y por la unificación de todos los anteriores objetos en uno único. Pero lo destacable es que la sexualidad freudiana se inicia poco después de nacer, y solo al final de una compleja y variable evolución se organiza bajo la prioridad de la genitalidad, aparentando la fijeza y la predeterminación del instinto del que en realidad, como hemos indicado, carece la pulsión. Si lo genital es una concreción específica y determinada de lo sexual, el fin de esta sexualidad no puede ser la procreación a través del coito heterosexual, sino la satisfacción de la pulsión. De esto se deducirá el *hit* freudiano de que la perversión, propia de una libido que busca su satisfacción en organizaciones anteriores y en objetos abandonados, no es la excepción, sino la norma: el perverso no llega tanto a serlo, como que sigue siéndolo.

El cuerpo del que se ocupa Freud no es, por tanto, el cuerpo anatómico, «sino el cuerpo erógeno» y «se estructura a la manera de un mapa dibujado por los fantasmas en los que el sujeto representa la realización de su deseo».<sup>9</sup> Ya que la disposición adulta final

---

9 Tubert, S., «Psicoanálisis, feminismo y posmodernismo», en Tubert, S., *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, op. cit. 312.

de la energía sexual es una tiranía en guerra con la tendencia natural del cuerpo humano, que es anárquica y polimorfa de modo perverso. Esto invalidaría las interpretaciones que comúnmente se han hecho de aquellas palabras que el mismo Freud pronunció y que constantemente se le recriminan desde el discurso feminista: «la anatomía es el destino».<sup>10</sup> Para arrojar luz sobre qué sea la feminidad, cuestión central en este trabajo, Freud no nos remite a la anatomía, sino que pone todo el acento en el devenir de la pulsión, que tomará caminos psíquicos distintos en el caso del niño y de la niña a partir de la constatación de la diferencia sexual anatómica.

#### 4. La feminidad

En los últimos años de su vida Freud puso empeño en estudiar y comprender la diferente evolución psíquica del niño y la niña a partir de una bisexualidad innata y compartida por ambos. Escribió varias obras a este respecto,<sup>11</sup> aunque nos ceñiremos aquí a lo expuesto en *La feminidad* (1933), texto maduro que engloba y modula todo lo dicho anteriormente, y en el que trata de dar una respuesta al enigma de la feminidad. Freud comienza este escrito cuestionando la seguridad indubitable con la que usualmente diferenciamos masculino y femenino. Pues a pesar de la certidumbre con la que asumimos la clasificación binaria de los sexos, nos advierte de que tales conceptos no están aprehendidos directamente desde la Anatomía, ni tampoco desde la Psicología. Para resolver el enigma de la feminidad habremos de averiguar cómo surge la mujer desde la disposición bisexual infantil.

Ya hemos mostrado que para la teoría psicoanalítica las fases de la organización pre-genital de la libido son comunes al niño y a la niña. Incluso en la fase fálica la niña, que desconoce la vagina, toma el clítoris como zona erógena directiva y a la madre como primer objeto erótico, destapándose aquí una relación preedípica existente durante las tres fases pre-genitales que será determinante más adelante, y sin cuya consideración no podrá comprenderse lo específico del devenir femenino. En cualquier caso, como veíamos, solo tras la comprobación de la diferencia sexual anatómica emprenden ambos caminos distintos. Cuando descubre la existencia de los genitales femeninos, el niño queda afligido por el peligro de perder su pene y abandona radicalmente la situación edípica, aconteciendo con su destrucción la instauración del superyó. Sin embargo, el caso de la niña es bien distinto, casi opuesto: al descubrir su castración sucumbe a la «envidia de pene» y se inicia en el Edipo.

El complejo de castración constituye un punto crucial en la evolución de la niña. Tras el descubrimiento de la falta, podrá tomar tres caminos distintos: podrá ocurrir que, fálicamente ofendida, la niña inhiba su sexualidad, rechazando su amor por la madre y renunciando a la satisfacción masturbatoria del clítoris. Esto supone un cese de gran montante de actividad sexual que, si genera demasiadas pérdidas, provocará la caída de la mujer en la neurosis. Por otro lado, podrá también suceder que surja en esta un complejo de masculinidad, consistente en que se niegue a aceptar la realidad castrada, insistiendo en el mantenimiento de

10 Freud hace esta afirmación en su texto de 1912, «Sobre una degradación general de la vida erótica».

11 La disolución del Complejo de Edipo (1924), Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica (1925), Sobre la sexualidad femenina (1931).

la actividad clitoridiana y en la identificación con la madre fálica o el padre. Este camino desembocaría en una futura elección de objeto homosexual. Por último, el desarrollo «normal» de la sexualidad se dará cuando, en su deseo de pene, la niña oriente su erotismo hacia el padre entrando en situación de complejo de Edipo.

En el desarrollo normal de la sexualidad el deseo de tener un pene es sustituido por el deseo de tener un niño (equivalente simbólico del pene) por medio de un pene, arribando así a la nueva zona erógena, la vagina, que sustituye al clítoris. Con el descubrimiento de que la madre está también castrada, a la niña se le hace muy fácil abandonarla como objeto amoroso, dando rienda suelta a la hostilidad incubada en la sexualidad pregenital. La niña orienta entonces su deseo hacia el padre, entrando en situación edípica, donde permanecerá indefinidamente y solo más tarde superará de forma incompleta. Por consiguiente, mientras que el complejo de Edipo masculino se aniquila en el complejo de castración, el de la niña es posibilitado e iniciado por este: es el complejo de castración el que prepara el Edipo en lugar de destruirlo.

Habida cuenta de las características del proceso edípico en la niña, la formación del superyó en el caso de la mujer tiene forzosamente que padecer, y no podrá alcanzar «la robustez y la independencia que le confieren su valor cultural»,<sup>12</sup> como ocurre en el caso del varón. En la medida en que la ruptura con el deseo por el padre se da de una manera mucho menos brusca y bajo el signo del debilitamiento, el estatuto cultural de la mujer es mucho más conflictivo y dificultoso que el del hombre. Como el superyó femenino emerge de forma mucho más progresiva, extendida y nunca definitiva, la renuncia pulsional y la consiguiente sublimación de la misma a la que Freud atribuye el origen de la cultura, se dará en la mujer de forma particular.

Por un lado, habiendo interiorizado el superyó con menor fuerza, y al tener al mismo tiempo que representar los intereses familiares y de la vida sexual, a las mujeres se les concede en menor grado el don de sublimar la pulsión. Se las liga así de forma mucho más desprendida y ligera a la producción cultural.<sup>13</sup> Además, debido a la relativa falta de robustez de su superyó, su relación con la *pulsión de muerte* es mucho más moderada. Por eso se les otorga la capacidad de compensar los efectos del cada vez mayor malestar de una «cultura de la pulsión de muerte», y oponerse a la tarea de esta, defendiendo los intereses «conservadores» del Eros.<sup>14</sup> Solicitadas para responder a las pulsiones sexuales opuestas a la norma social, y encargadas del trabajo de reparación opuesto al trabajo de la pulsión de muerte, diremos con Assoun que la feminidad constituye el reverso de la cultura.<sup>15</sup>

12 Freud, S. «La feminidad», *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en Freud, S., *Obras Completas*, trad. de López Ballesteros, Tomo 8, Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, p. 3174.

13 Rechazando el estereotipo pseudocientífico de la misoginia del siglo xx, Freud atribuye a la menor capacidad de sublimación de la mujer factores culturales y sociales: «No creo que la oposición biológica entre trabajo intelectual y actividad genésica explique la imbecilidad fisiológica de la mujer, como lo sostuvo Moebius en su tan controvertido libro. Opino, en cambio, que el hecho indudable de la inferioridad intelectual de tantísimas mujeres debe reconducirse a la inhibición de pensar que se requiere para sofocar lo sexual», Freud, S., «La moral cultural sexual y la nerviosidad moderna», en Freud, *Obras Completas*, tomo 4, op. cit., p. 177.

14 Freud, S., *El malestar en la cultura y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 103.

15 Assoun, P., *Freud y las ciencias sociales*. Barcelona, Ediciones el Serbal, 2003, p. 176



A pesar de que, continuando con el enigma de la feminidad, Freud hace algunas alusiones a la pasividad como peculiaridad psíquica de la feminidad madura, admite que acerca de la conducta de la feminidad posterior al Edipo poco más puede decir, y reconoce el límite de la explicación psicoanalítica:

Hemos dado el nombre de libido a la fuerza motriz de la vida sexual (...). No nos sorprenderá hallar que a cada sexualidad correspondía su libido particular, de manera que una clase de libido perseguiría los fines de la sexualidad masculina y otra los de la femenina. Pero nada de esto sucede. No hay más que una libido que es puesta al servicio tanto de la función masculina como de la femenina. Y no podemos atribuirle un sexo.<sup>16</sup>

En tal caso, si bien la diferencia sexual anatómica tiene, como hemos tratado de mostrar, consecuencias psíquicas, estas no se basan en energías psíquicas diferentes, en libidos distintas: *la libido, fuerza motriz de la vida sexual, no tiene sexo*. Es, toda ella, de un mismo tipo, dándose en los seres humanos una bisexualidad innata que en el desarrollo psicosexual de cada cual irá deviniendo de forma que llegue a ser varón o mujer. Para el desarrollo de tal proceso no basta con la anatomía, sino que se tratará de constantes interrelaciones, con otros y con nosotros mismos, dentro de una comunidad socio-cultural y de un régimen de sentido. La comprobación de la diferencia de genitales marca un distinto rumbo para ambos, pero ello no por un simple reflejo del orden biológico como se ha malinterpretado tantas veces, sino por la dispar traducción psíquica que tiene la diferencia en ambos sexos en ese determinado régimen de sentido. El psicoanálisis derrumba, pues, la concepción esencialista de masculinidad y feminidad:

Hombres y mujeres no son tales a priori de la historia de su constitución como sujetos que es, al mismo tiempo, la historia de su sexualidad. Masculinidad y feminidad no son puntos de partida sino de llegada, nunca suficientemente asegurados, que se estructuran a través del pasaje por el complejo de Edipo en la fase fálica u organización genital infantil.<sup>17</sup>

La historia del sujeto es, para Freud, la historia de su sexuación. Y su sexuación no es resultado de un producto natural ni predeterminado, sino que es algo permeable e influenciable que se constituye discursivamente. Freud preconiza, de este modo, una de las tesis más aclamadas en el debate feminista actual: *la diferencia sexual no es originaria sino que, más bien, es originada*. Por eso, para pensar la feminidad propone Tubert una aproximación psicoanalítica, porque desde esta se muestra que el enigma de la diferencia sexual no puede reducirse a ni a esencialismos biológicos ni a esencialismos socio-generológicos:

---

16 Freud, S., «La feminidad», *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, op. cit., p. 3175

17 Tubert, S., *Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, pp. 284-285

Freud no adjudicó un contenido psicoanalítico a las nociones de masculinidad y feminidad, lo cual no significa que se negara a emplearlas; reservó más bien un margen de indeterminación e incertidumbre para una dimensión subjetiva que no puede reducirse a lo biológico ni a lo social, y comprendió que la asignación de un sentido determinado a esas categorías era el producto de las normas estadísticas y de los ideales culturales.<sup>18</sup>

Al marcar el carácter originado del binarismo sexual, Freud no solo derrumba la postura esencialista, sino que está anticipando una tesis ontológica muy concurrida en la disputa feminista actual: *el sexo no hace el género*. Porque no hay dos sexos, ni una identidad sexual que sea siempre una y la misma opuesta a otra que integra y excluye en términos jerárquicos. Freud se estaría así anticipando, con esta tesis, tanto a la perspectiva de la hermenéutica deconstructiva derridiana de la diferencia sexual, como al feminismo político butleriano. Pues aunque no haya en Freud el intento de deconstrucción de una lógica binaria y jerárquica del discurso sexual, y pese a que no haya defendido, en los términos en los que lo hace Butler, la constitución política del género, Freud anticipa que masculinidad y feminidad son categorías culturales que preexisten al sujeto y, por lo tanto, a su sexuación. Ahora bien, tampoco dirá que sea *el género* exclusivamente, *lo que produce al sexo*. Pues, como comenzábamos diciendo, la especificidad del psicoanálisis respecto a otras propuestas posmodernas radica en la resaltar la importancia de los procesos identificatorios que conducen a la formación del yo, del ideal del yo, del superyó, sin los cuales no podríamos comprender cómo las formaciones discursivas arraigan en las personas, cómo las constituyen como sujetos que luego se habrán de autoobservar y regular a sí mismos, y cómo juega el deseo inconsciente en la asunción y el rechazo de esos discursos.<sup>19</sup>

## Bibliografía

- Assoun, Paul-Laurent (2003): “Lo femenino o el reverso de la cultura”, *Freud y las ciencias sociales*, Ediciones el Serbal, Barcelona.
- Campillo, Neus (2003): “Ontología y diferencia de los sexos”, *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Cátedra, Madrid.
- De Vicente Arregui, Gemma (2005): “De la sexualidad originaria al sexo originado. Aportaciones del psicoanálisis al feminismo”, *Revista Thémata*, n.º. 35, p. 721-726.
- Freud, Sigmund (2001): *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*, en Freud, S. *Obras Completas*, trad. de L. L. Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid, Tomo IV, ensayo XXIX.
- Freud, Sigmund (2001): *Sobre una degradación general de la vida erótica*, en Freud, S. *Obras Completas*, trad. de L. L. Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid, Tomo V, ensayo LXVII.

18 Ídem.

19 Tubert, S., «Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo», en Tubert, S., *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, op. cit., p. 307.

- Freud, Sigmund (2010): *Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte*, Freud, S. *El malestar en la cultura y otros ensayos*, trad. L. L. Ballesteros, Alianza, Madrid.
- Freud, Sigmund (2012): *El yo y el ello*, trad. de R. Rey Ardid y L. L. Ballesteros, Alianza, Madrid.
- Freud, Sigmund (2010): *El malestar en la cultura* en Freud, S., *El malestar en la cultura y otros ensayos*. Trad. L. L. Ballesteros, Alianza, Madrid.
- Freud, Sigmund (2008): *¿Por qué la guerra?*, trad. L. L. Ballesteros, Editorial Minúscula, Barcelona.
- Freud, Sigmund (2001): *La feminidad en Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, en Freud, S. *Obras Completas*, trad. L. L. Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid, tomo VIII, ensayo CLXVI.
- Gómez, Carlos, (2009): “La sexualidad femenina”, *Freud y su obra. Génesis y constitución de la Teoría Psicoanalítica*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- González, Teresa (2004): *Prolegómenos a una Fenomenología de la carne o La lectura Marcúsiana del Psicoanálisis*. Trabajo de Investigación dirigido por Neus Campillo Iborra, Programa de Doctorado: Razón, Lenguaje e Historia, Departamento de Filosofía, Universidad de Valencia, 2004.
- Tubert, Silvia, (1996): “Psicoanálisis, feminismo, posmodernismo”, *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, Paidós, Barcelona.
- Tubert, Silvia, (1999): *Malestar en la palabra. El pensamiento crítico de Freud y la Viena de su tiempo*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Tubert, Silvia (2001): “Malestar en la palabra. Freud cien años después”. *Pasajes: Revista de pensamiento contemporáneo*, ISSN 1575-2259, N°. 5-6, págs. 7-22.
- Tubert, Silvia, (2003): Introducción a *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*, Cátedra, Madrid.
- Tubert, Silvia, (2003): ¿Psicoanálisis y género?”, *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Cátedra, Madrid.

